

**XXXV Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - abril de 2023**

Vivir/escribir en tiempo colectivo: *Preguntas frecuentes* de Nona Fernández

Francisco Gelman Constantin

Universidad de Buenos Aires (ILH) - Conicet - UNLa - Untref

Desde por lo menos los años ochenta, alrededor de una serie de umbrales históricos de politización a los que vengo llamando “malestar en la medicina”, la literatura latinoamericana viene realizando incursiones sobre el territorio de la salud en las que transforma y desfigura los marcos culturales que condicionan el vínculo entre comunidad y cuidado de la vida. Una de las inflexiones de esas incursiones es el desafío de los protocolos temporales instaurados por la medicina industrial, operando sobre la base de la capacidad de la escritura de producir junturas y disociaciones en los vínculos entre los cuerpos, los sujetos y sus tiempos. Sin embargo, desplegadas en el horizonte del consenso cultural neoliberal, muchas veces esas escrituras opusieron a la presión social de la bioeconomía una tarea de restauración de la relación entre un sujeto individual y su vida biológica “personal”, aceptando así la insularidad del átomo paciente que mejor se adaptaba a esa configuración epocal del capitalismo.

La industrialización de la medicina comenzó a configurarse desde la segunda posguerra europea hasta la coagulación global de la salud como un dominio más del circuito de producción-consumo capitalista en la actual bioeconomía (Foucault, 1996; Rose, 2007). Ese proceso implicó la adopción en el terreno de la gestión sanitaria de la misma administración contable de los tiempos que había descrito E. P. Thompson (1979) para los albores del capitalismo en el viejo continente. En el universo sanitario, ese tiempo mensurable y programable de la gestión mercantil muchas veces entró en tensión con las temporalidades intrínsecas de los procesos biológicos y –muy particularmente– empujó su separación (sea por prisa o por demora) de los tiempos específicos requeridos por los sujetos para poder habitar de una forma menos traumática esos ciclos de transformación somática, padecimiento, cura o deterioro. Sobre esa diéresis de estratos temporales es que ha estado operando la capacidad de síncope de lo literario, su destreza para volver a tramar los vínculos entre los tiempos y quienes los habitan.

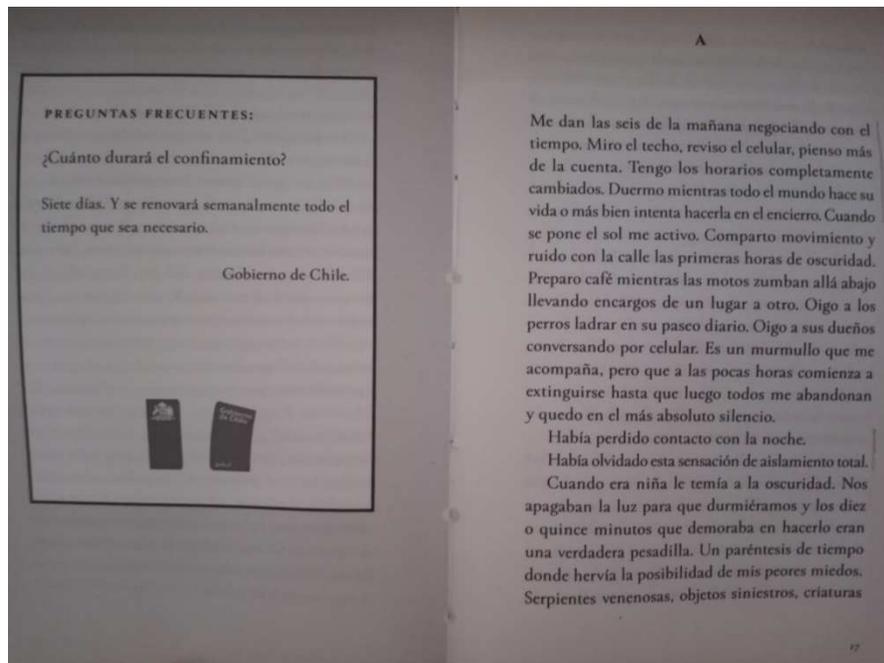
Como decía, muchas veces la acción de la literatura y las artes sobre los tiempos de la biomedicina desde los años ochenta se dejó arrastrar por una dicotomía entre la lógica sistémica universalizante y la divergencia del cuerpo/sujeto individual, dicotomía enredada en las escalas operativas de un régimen político, económico y social que buscaba disolver la dimensión de lo colectivo como instancia de contestación. Por el contrario, podría pensarse que la llegada de la pandemia de covid-19 en un momento de crisis del consenso neoliberal en distintas latitudes del mundo –y muy particularmente en el caso de Chile que nos interesa hoy– hizo posible que experimentos de escritura como el que voy a analizar enfrentaran las coerciones del mercado, el Estado, el heterocispatriarcado, el racismo y el capacitismo por medio de una temporalidad colectiva de la autogestión de la salud.

Una serie de escrituras desplegadas durante los primeros meses de la pandemia a partir de diarios virtuales y correspondencias, publicaciones periódicas digitales, conversaciones por redes sociales y otros dispositivos verbales inespecíficos ensayaron formas de encuentro y acompañamiento entre aquellas personas que la cuarentena mantenía aisladas y distantes, mientras las medidas de los gobiernos en los distintos países trabaron diferentes relaciones entre el registro de la salud colectiva, el mundo de la producción y los espacios de participación política. Ese conjunto de textos irregulares –otros ejemplos pueden ser los textos reunidos en el libro *El umbral* de “Bifo” Berardi o el poemario *Las pandémicas* de Tipas Móviles, del que ya hablé en jornadas anteriores– reabrieron la pregunta sobre las posibilidades de narrar y poetizar los estratos temporales superpuestos y contradictorios de los cuerpos, entre lo literario y lo biomédico. Con *Preguntas frecuentes*, de la escritora chilena Nona Fernández, se abre una serie de indagaciones posibles respecto de qué tipo de sujeto colectivo del presente puede constituirse desde la práctica cultural que transforme los modos de vernos atravesados por los padecimientos globales, de vincularnos con la inscripción palimpséstica del pasado de nuestras comunidades y de ensayar otra clase de futuridades.

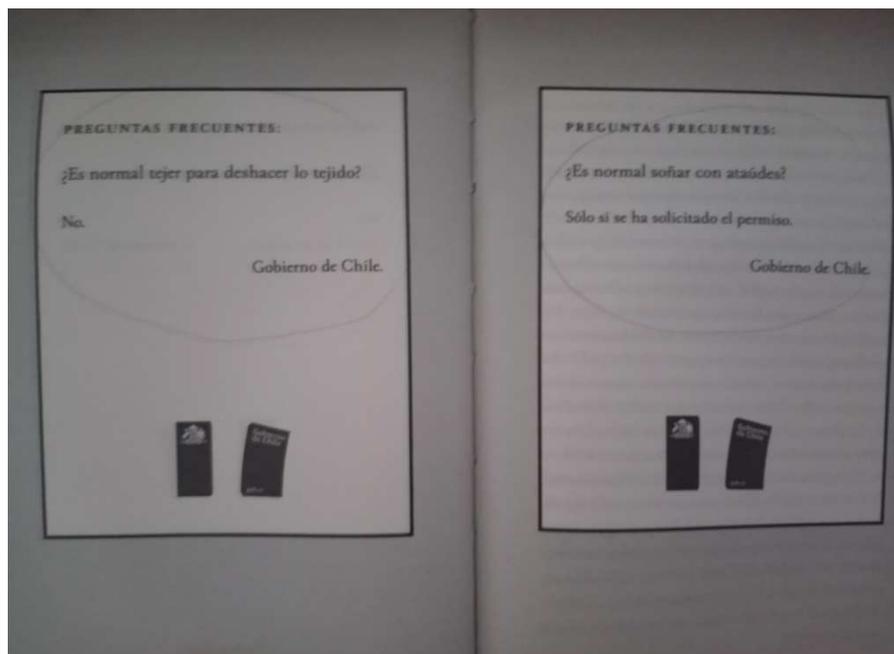
Preguntas frecuentes está organizado por el ensamblaje de distintos elementos heterogéneos: una dedicatoria a alguien que nombra con la inicial “A”, la correspondencia entre “A” y “N”, una serie de placas construidas a partir de la gráfica de la propaganda estatal chilena que se intercalan a esas cartas, el epílogo-manifiesto titulado “El ejército insomne” y unos agradecimientos finales. La inervación referencial de esos dos umbrales paratextuales, dedicatoria y agradecimientos, con el resto del

cuerpo del libro socava la clausura autonómica para en cambio mantener enhebrado el volumen con sus pretextos “de ocasión”, la correspondencia efectiva con amistades y los artículos publicados por Fernández en revistas y periódicos.

La alternancia en el libro de las cartas y las placas produce pliegos con este tipo de composición mixta:



o acumula unas placas a continuación de otras como una suerte de poema visual anafóricos:



A caballo de ese anudamiento de elementos diversos, la escritura experimenta con las posibilidades paradójicas de inscribir un instante, producir la figura rítmica de la sucesión e instituir un monumento duradero (cfr. Derrida, 1967 y 2017; Lacan, 2004). Y, con ello, ejercita vías de composición de un tiempo colectivo allí donde las medidas gubernamentales bajo la presión productivista del capital hacen coincidir la pandemia con el aislamiento radical de los pulsos vitales en los nichos estancos de la división del trabajo y sus otros, juzgados improductivos: algunos viven el tiempo suspendido de unas “vacaciones” imprevistas, otros, el frenesí de la atención de urgencias, algunos más, las jornadas interminables del trabajo virtual, otros más, el encapsulamiento de la internación, y así sucesivamente. En esa encrucijada, *Preguntas frecuentes* opera sobre el tiempo a dos escalas interconectadas pero distinguibles. Por un lado, la etapa, y, por el otro, los ritmos.

La etapa

La pandemia llega a un Chile arrojado a las calles al grito de “no son treinta centavos, son treinta años”. Escribe Fernández en el epílogo-manifiesto:

El dieciocho de octubre de 2019 comenzó en Chile una revuelta social que nunca imaginé vivir. La ciudadanía, cansada de neoliberalismo desatado y abusivo, decidió manifestarse reclamando por la dignidad de su vida. Chile despertó, fue la consigna, porque toda esa realidad violenta y precaria del día a día se volvió una pesadilla intolerable. Pero a los cinco meses de revuelta, con un gobierno incapaz de responder a las demandas ciudadanas y con una clase política desacreditada, llegó la crisis sanitaria y tuvimos que abandonar la calle. Encerrarnos y obedecer las decisiones de las mismas personas contra las que habíamos marchado y protestado. (Fernández, 2020, p. [80])

El proceso biológico global irrumpe bajo la forma de una interrupción del ciclo contestatario en la región, pero los grados de la discontinuidad son objeto de construcción política. El Estado y el Capital buscan producir la discontinuidad absoluta, el “caso de fuerza mayor” que autorice la suspensión de todo aquello que no responda a sus modos de gestión, pero también la continuidad del productivismo: el deber de aprovechar el tiempo (pp. 19-20). *Preguntas frecuentes*, como artefacto escriturario

inervado a las calles, busca sostener la continuidad hacia atrás del presente pandémico con la revuelta y la continuidad hacia delante de lo aprendido en pandemia sobre el sostenimiento colectivo (p. 22); incluso, identifica cierta continuidad necropolítica entre la gestión de la pandemia y la violencia de estado de las dictaduras, tal como la sitúa una de las placas: “[Pregunta] ¿Es normal que se escondan los muertos? [Respuesta] Sí.” (p. [64]).

Si la pandemia es vivida como un “tiempo [...] fuera de tiempo” (Cararo Funes, 2022), es crucial poder configurar la conexión narrativa con el proceso histórico que la precedió, aquel ciclo que los agradecimientos finales de *Preguntas frecuentes* llaman “tiempos colectivos” y “tiempos de cambio”, en los que la “pena y la rabia nos mantienen alerta” (Fernández, 2020, p. [91]). La escritura emerge como una operación sobre la imaginación, entendida como “ese lugar intermedio entre el sueño y la vigilia, ese espacio donde el tiempo no existe, o donde todos los tiempos conviven” (p. 67). En particular, a lo largo del libro, las cartas entre “A” y “N” son una herramienta de rememoración, escritas alrededor del recuerdo de un trauma familiar, cuya memoria requiere la asistencia de la otra, único recurso para conectar el presente pandémico con el pasado de un accidente automovilístico que urge reconstruir ahora.

No recuerdas cómo, pero cuando volviste a abrir los ojos estabas en el hospital. Era de día y junto a la cama donde te encontrabas tu abuela dormía sentada. [...] Imágenes vagas de la carretera sacudieron el recuerdo. El olor a goma quemada, los gritos de tu papá, la zapatilla nueva de tu hermana tirada en el pavimento. No lograste entender si todo eso era parte de un mal sueño o de una realidad que no querías descifrar.

(p. 25)

La paradoja de una memoria en segunda persona que despliega ese intercambio de correos materializa la organización colectiva del presente pandémico en sus relaciones con un plural de otros pasados, otras afectaciones corporales estratificadas y nunca propiamente individuales. La escritura interviene sobre la historicidad y sus sujetos participando de la producción de aquello que llama “túneles secretos” (p. 26), contravenciones a un historicismo reductivo que, en la periodización, disuelva conexiones menos evidentes. Por eso también es integral a lo que hace *Preguntas frecuentes* un declarado desorden cronológico en el ensamblaje de los distintos

materiales. Las cartas se suceden en el libro respetando la alternancia de las corresponsales, pero en una sucesión incongruente con su encadenamiento lógico de preguntas y respuestas. El artículo periodístico que provoca la primera carta de “A” es transformado en el epílogo-manifiesto ubicado al final del volumen. Las placas interrumpen el intercambio epistolar en el enigmático más allá del tiempo de los portales digitales. En su conjunto, la lectura del libro produce un magma temporal que al mismo tiempo materializa la vivencia subjetiva del tiempo pandémico y lo sutura activamente con temporalidades diversas.

Los ritmos

Dentro de la revuelta hay un ritmo de renovación cíclica, en los intersticios del tiempo administrado: al final de cada jornada laboral, y particularmente cuando concluye la semana bancaria cada viernes, es la ocasión de una cita colectiva masiva para la ocupación del espacio público y las escaramuzas callejeras contra las fuerzas del orden, con banda de sonido en la que Alex Anwandter y Ale Sergi entonan que “siempre es viernes en mi corazón/ siempre quiero la total destrucción/ de este mundo que he conocido/ y el trabajo que no tiene fin”. Cuando la cuarentena trastorna esa nueva cotidianeidad insurgente de ocupar las calles, queda apenas el margen de, según escribe *Preguntas frecuentes*, “ocupar las palabras” de les demás (Fernández, 2020, p. 33), forjar un discurso transindividual que acompañe y dé forma a esa pandemia en que se coincide por la fuerza como tiempo colectivo global, esa “fragilidad” que acaso “compartimos a larga distancia todas y todos los ciudadanos del planeta, pisando la cáscara trizada de un gran huevo a punto de quebrarse” (p. 43). Para coincidir de otro modo, está la promesa de perpetuidad: la carta de “A” pregunta “¿Estás ahí?” y la carta de “N” responde “Siempre”, con una permanencia que solo podría ser la de la escritura (pp. 49-50). ¿Cómo habitar un día a día de aislamiento sino hallando esos túneles secretos para encontrarse incluso a distancia?

Vuelta entonces de la segunda persona: “soñaste [...] [q]ue sujetaba tus sueños en letras para intentar darles una forma, un orden, un sentido” (p. 67). La comunidad en la sucesión de las noches y los días, por mucho que la escritura no sea omnipotente ante la enfermedad y el dolor (p. 68), ofrece algún reparo, algún sostén. Como en los sueños, en el insomnio.

¿Es normal que se mezclen los tiempos? No.

¿Es normal soñar con helicópteros? No.
¿Es normal soñar con ambulancias? No. [...]
¿Es normal tejer para destejer el tejido? No.
¿Es normal soñar con ataúdes? Sólo si se ha solicitado el permiso.
(pp. [53]-[55], [58]-[59])

Mientras responden a los sueños, las placas en su acumulación anafórica producen un ritmo de la ansiedad, del insomnio como insistencia de ciertos pensamientos; pero esas ideas intrusivas son un padecimiento paradójico, recuperable en la subjetivación política del insomnio: un “ejército insomne” (p. 79 y ss.) que hace perdurar el acontecimiento de que “Chile despertó”. La ambigüedad inherente en esa vigilia alerta, que no fue deseada pero que ofrece una oportunidad, coincide con la de esos sueños repetitivos que escanden otras noches. La repetición del tedio, “los minutos [que] se estiran” (p. 42) como señal exasperante de lo siempre igual produce el efecto de naturalización que las placas sitúan como aquello que “es normal” (pp. [87]-[89]), un consenso abúlico.

A todo ello se opone aquel otro modo en que “los minutos corrían lento, se estiraban a su ritmo” (p. 15) en la reserva utópica de los recuerdos infantiles. Se trata de la capacidad reconfortante del rito, de su facultad de dar sostenibilidad al movimiento renovándolo en común, haciendo coincidir el tiempo de muchos, como se comparte “movimiento y ruido con la calle” (p. 17). Hay un ritmo otro en el intento de creación de una nueva vida iterable, que pueda recomenzar cada día y cada noche divergiendo de lo que era normal y normado. Hay una recitación rumiante, como medida alternativa del tiempo y respuesta crítica a lo que se imputa normal, que se convierte en encantación de los mejores sueños insomnes, las prefiguraciones.

Referencias bibliográficas

- Cararo Funes, A. F. (2022). El tiempo pandémico en cuestión: experiencia polifónica de un equipo de salud en el primer nivel de atención en el sur de la Ciudad de Buenos Aires. Ponencia en las *III Jornadas de la REDASA*, Rosario, 7 y 8 de julio.
- Derrida, J. (2017). *De la gramatología* [fr. 1967]. Buenos Aires: Frente a la hoguera. Trad. de O. del Barco y C. Ceretti.
- (1967). Freud et la scène de l’écriture [Freud y la escena de la escritura]. En —, *L’écriture et la différence*. Paris: Seuil.

- Fernández, N. (2020). *Preguntas frecuentes*. Santiago de Chile: Alquimia.
- Foucault, M. (1996). La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina; Historia de la medicalización; e Incorporación del hospital a la tecnología moderna. En -, *La vida de los hombres infames*. La Plata: Altamira, pp. 67-120. Trad. de J. Varela y F. Álvarez-Uría.
- Gelman Constantin, F. (2024). *Desde la sala de espera. Incursiones literarias sobre la biomedicina*. Villa María: Eduvim. [En prensa]
- (2019). Poesía y humanidades médicas desde el Cono Sur: algunas proposiciones a partir de la obra de Virna Teixeira. *Physis*, 29 (4), 1-25.
- Genette, G. (2001). *Umbrales*. México D. F.: Siglo XXI. Trad. de S. Lage.
- Lacan, J. (2004). *Le Séminaire, XIII: L'objet de la psychanalyse*. Paris: AFI.
- Rose, N. (2007). *The Politics of Life Itself* [Políticas de la vida]. Oxford: Princeton UP.
- Thompson, E. P. (1979). Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial. En -, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona: Crítica, págs. 239-293. Trad. de E. Rodríguez.

Resumen: Si la escritura tiene la capacidad de volver a escandir las relaciones entre el tiempo, el lenguaje, los cuerpos y sus sujetos, escribir puede ser una herramienta crucial para el modo en que una comunidad aborda un trastorno de dimensiones inéditas en sus ritmos y formas de vida. “Ya” –es un adverbio de tiempo– no queremos saber más nada con la pandemia, “ya” queremos volver a la vida que llevábamos antes de. Pero cualquier camino hacia el futuro requiere aprender de las resoluciones locales dadas a las tensiones emergidas durante la crisis sociosanitaria, e incluso advertir qué respuestas novedosas a desafíos sociales de larga data se desplegaron en la cultura en esas condiciones singularísimas. *Preguntas frecuentes*, de Nona Fernández, pertenece a una serie de artefactos escritos producidos durante la pandemia que ofrecen una resolución novedosa al modo de temporalizar las relaciones entre lo colectivo y lo individuado constituidas alrededor de la enfermedad, sobrepasando los medios desarrollados por las comunidades durante (y en resistencia a) el ciclo ascendente del neoliberalismo en América Latina.